



EDITORIAL

# EN JERUSALEN... CUNA DEL CRISTIANISMO

Aires de rejuvenecimiento, particularmente auras de ecumenismo esperanzador, corren por la Iglesia católica, apostólica, romana.

Juan XXIII señalará tal vez en la historia universal el comienzo de una nueva era de la vida del Cristianismo. Lo confirma la continuación lógica y progresiva de su política revolucionaria por su ilustre sucesor, Paulo VI.

El anciano Cardenal Roncalli, de quien se pensó y se escribió, al ser electo para la Cátedra de San Pedro, que sería un Papa de transición, asombró y cautivó al mundo, en un pontificado relativamente corto, con realizaciones fulmineas y trascendentales. Aparte de sus dos encíclicas: **Mater et Magistra** y **Pacem in terris** —que fueron, en realidad, una síntesis de la amplísima doctrina social y política desparramada en las alocuciones radiadas de Pío XII—, su apertura a la convivencia, su llamado a las Iglesias disidentes y la convocación del Concilio Vaticano II señalan jalones históricos indudablemente revolucionarios.

Aquel encanto de sencillez y buen sentido, que hemos dado en llamar Juan el Bueno, fue preparado por Dios para sus iniciativas geniales con una carrera estratégica de Nuncio: primero, en tierra de los ortodoxos; y más tarde, en París, en inmediato contacto con las más renovadoras corrientes del pensamiento católico moderno. Lo demás lo puso la corazonada del hombre generoso y bueno.

Para fortuna de la Iglesia, el Cardenal Montini, en quien Juan XXIII depositó visiblemente grandes esperanzas, fue escogido por la providencia para sucederle. Y con una preparación previa, tal vez ni igualada por ninguno de sus predecesores para su altísima misión, ha iniciado una carrera de realizaciones, proyección y consecuencia de la línea trazada por Juan XXIII.

Conforta el espíritu advertir, en la segunda sesión del Concilio Vaticano II, el afortunado salto a la popularización de la liturgia sagrada; precisada la doctrina sobre la Iglesia; abordado el espinoso tema del ámbito de la potestad episcopal; incorporado el laicado a la labor apostólica; y, sobre todo, en marcha la carrera iniciada hacia la comprensión y la inteligencia con las Iglesias disidentes. Un espíritu de ecumenismo caracteriza todas las iniciativas del nuevo Pontífice.

En este orden debe valorarse, como hecho histórico de excepcional relieve, el abrazo de Paulo VI y Atenágoras en Jerusalén. Remontando los ríos se llega al manantial. Roma y Bizancio volvieron a encontrarse en la cuna misma del cristianismo: Jerusalén.

## EL CISMA ORTODOXO

Ya Cristo, al delinear la institución de su Reino —la Iglesia— como **un solo rebaño con un solo pastor**, había predicho las escisiones inevitables. Particularmente expresiva es la parábola de la cizaña.

En el siglo IV surge el Arrianismo, lentamente superado en una paciente labor de tres siglos. En el siglo V el Nestorianismo, que desgajó del tronco romano una parte considerable del Asia, con centro en Persia. En el mismo siglo V el Monofisitismo, que se consolidó y aún perdura en Egipto. Antes de la revolución protestante del siglo XVI, largamente preparada en dos siglos de inquietudes internas, el hecho más desgarrador es la escisión de la gran Iglesia Ortodoxa, con sede capital en Constantinopla.

Las raíces del hecho están en un despropósito político de Constantino, el Grande. Muy meritorio de la Iglesia por haber terminado la era de las persecuciones con el edicto de Milán, Constantino, que no llegó a bautizarse, contra lo que dice la tradición, hasta la hora de la muerte, dejó a la Iglesia dos herencias funestas: el **cesaropapismo**, es decir, la intromisión del Estado en los asuntos de la Iglesia, ya que nunca olvidó que en el Imperio pagano él era el **pontifex maximus**; y la división del Imperio en dos sectores, fundando —en un arranque de megalomanía— con su nombre la metrópoli de Constantinopla, **la segunda Roma**, en la maravillosa sede de la antigua Bizancio.

La **vieja Roma** y la **nueva Roma** eran ya el germen de la escisión política del Imperio. Pronto hubo dos Emperadores y dos Césares, siguiendo el ejemplo iniciado por Diocleciano. En el orden eclesiástico fomentó la vanidad de los Patriarcas constantinopolitanos. Cuando el sector occidental del Imperio sucumbió ante el avance de los germanos, **la vieja Roma**, saqueada y destruída, perdió su antigua grandeza y llegó incluso a la miseria. Bizancio, **la nueva Roma**, con un esplendor y un lujo que ha dado nombre a un estilo artístico, quedaba como capital del superviviente Imperio greco-romano. Sus patriarcas sufrieron la tentación de querer convertirse en directores de la vida eclesiástica de la Iglesia universal. Incluso llegaron a firmarse con el pomposo título de **Obispo de los Obispos**, a lo que el Papa San Gregorio I, el Magno, respondió desde la empobrecida Roma con el sobrenombre, posteriormente perpetuado, de **siervo de los siervos de Dios**.

Una discusión teológica sutil sobre el dogma de la Trinidad (si el Espíritu Santo proviene del Padre y del Hijo —**Filioque**— o solamente del Padre) prendió la chispa del cisma. Sus protagonistas fueron los Patriarcas Focio (siglo IX) y Celulario (siglo XI). La discusión teológica fue sin duda una ocasión. La división política del Imperio greco-romano se había consumado con la proclamación de Carlomagno como Emperador del Imperio romano-germánico. La división eclesiástica era una consecuencia trágica, casi inevitable.

Ambas Iglesias, la Católica-romana y la Ortodoxa-bizantina, tenían un canon dogmático igual. Por eso los disidentes del Oriente se llaman **ortodoxos** porque conservan en general la **recta doctrina** cristiana.

Constantinopla influyó en la evangelización de buena parte de la Europa oriental eslava, sobre todo en el gran Imperio moscovita, donde, a pesar del comunismo, cuenta en la actualidad con bastante más de cien millones de adherentes.

### ROMA... BIZANCIO... JERUSALEN

El estudioso de la Historia universal siente un estremecimiento de emoción ante la imagen de Paulo VI y Atenágoras abrazándose en Jerusalén, rezando juntos, en latín y griego, el Padrenuestro. Largos siglos de incompreensión, cinco siglos de absoluta ruptura de relaciones, se rompen en ese episodio grandioso. Y resulta una nota de contraste de luces, que da relieve al cuadro, el episodio de los monjes ortodoxos de Atenas llorando e implorando a Dios que vuelva al recto camino al extraviado patriarca Atenágoras, sucesor de Focio y Celulario.

En esta pequeña porción de la Madre Iglesia, que se llama Venezuela, se respiran también auras de optimismo desde que las elecciones de diciembre señalaron la repulsa contundente del pueblo a la violencia comunista. Y cualquier espectador reconoce en nuestra patria un arrollador movimiento de renovación cristiana.

Especialmente grato resulta que nuestra resurrección espiritual coincida con el eufórico despertar ecuménico de la Iglesia universal.

M. A. E.